

## El abrazo de la suerte

Siempre fuimos tres: la que no oía bien, la que enfermó después y la que pensó que las tragedias familiares tenían cupo limitado.

Veinte años después de vencer al melanoma, mi hermana volvió al hospital con su sonrisa angelical y su oído rebelde. En las consultas, yo traducía lo que el médico decía y nuestra otra hermana apuntaba todo con minuciosa atención, como si el orden de las palabras pudiera curar. Antes de entrar, en el pasillo, repetíamos nuestro ritual: *el abrazo de la suerte*. Tres cuerpos entrelazados contra el miedo, una superstición que olía a café de máquina y esperanza, mientras, el resto de la familia aguardaba nuestra llamada.

Ella decía que el alma no enferma, que el cuerpo solo es un abrigo que un día dejamos colgado. Lo creía con tanta fe que casi nos convencía. A veces bromeábamos: “El cáncer nos tiene cariño, no quiere dejarnos fuera de la fiesta.” Ella reía, aunque el cansancio ya le pesaba en los párpados.

Cuando mi propio diagnóstico llegó —cáncer de mama, por si el destino tenía sentido del humor—, fue ella quien me tomó la mano y dijo: “Tranquila, ya sé el camino. A ti no puede pasarte nada; si alguna tiene que abandonar, debo ser yo. Tú tienes un marido y un hijo, yo solo un gatito.” Y lo sabía.

Nos llamábamos, con cariño y algo de humor, **las Pichichi de Oncología**, porque aprendimos a sobrevivir a fuerza de goles contra el miedo, cada una con su propia lesión, su propio marcador interno.

En la sala de espera, nuestra otra hermana nos observaba, como si vigilar nuestras sonrisas pudiera mantenernos a salvo. “*Vamos, sois unas toras*”, nos decía. Y lo éramos, aunque a veces solo por dentro.

Los meses pasaron entre pruebas, quirófanos, tratamientos y silencios que llenamos con recuerdos y risas compartidas. Ella fue apagándose despacio, sin estridencias, como si solo cambiara de frecuencia. Juraría que el día que partió la habitación se llenó de luz, pero sobre todo se llenó de amor, amor a dejar partir, con serenidad y complicidad, que aún hoy me acompaña y me abraza en los días inciertos.

Y ahora, cada vez que voy a consulta cierro los ojos y la imagino a mi lado, sonriendo, un poco irónica, un poco eterna. A veces siento su mano en mi hombro, y antes de entrar me abrazo al aire, por costumbre, por fe, por amor.

Porque la suerte no era sanar. La suerte —la verdadera— era tenernos.

***En homenaje a una gran maestra de la vida, mi ángel Belén.***

